

Regresar a Itaca

Yolanda González

Habiendo conquistado en su patria todo cuanto un hombre puede desear (sólida casa y riquezas, amigos y siervos fieles, mujer e hijos), habiendo cumplido su cometido en Troya como esforzado guerrero y habiendo sido el único entre sus compañeros de regreso salvado de la muerte; ganado todo esto, hallamos sin embargo a Ulises ante la imposibilidad de cumplir su deseo de regresar a Itaca. ¿Por qué una ausencia tan prolongada?, ¿está perdida la esperanza de volver?, ¿de qué naturaleza es esta dificultad?

Ulises está en peligro.

En peligro de haber sido olvidado por los dioses, de ser olvidado por Telémaco, de ser olvidado por Penélope, de ser seducido por las palabras de Calipo: olvidar él mismo a Itaca. Entonces, todo lo que cons-

tituye su existencia, sus relaciones, sus obras, su pasado, es algo que puede perderse; falta aún un trecho, el que va no a la conquista de nuevas cosas, el camino que reconduce a lo propio, a lo más definitorio: lo que hay que ganar por la vía del recuerdo, lo que se puede perder en el olvido.

Atenea advierte este peligro y, mencionándolo, logra que los dioses y Telémaco actúen en el sentido de evitarlo, de procurar a Ulises formas de regreso: los dioses, expresando a Calipso su voluntad de que se cumpla dicho regreso; Telémaco, yendo en busca de noticias de su padre.

Con sólo que Telémaco tenga en mente a su padre puede entonces indignarse, actuar, hacer valer su autoridad ante la continua afrenta que significa la actitud desconsiderada de los pretendientes. Y ellos así lo entienden, porque sólo se les vuelve peligroso, hasta el punto de hacerles maquinar su muerte, cuando les pone de presente a su padre, con relación al cual su actuar es desbordado e impío. Les recuerda aquello que quieren olvidar y que es precisamente lo que da una norma para calificar el valor de sus actos.

La pérdida de Ulises es la pérdida de un punto de referencia para que Telémaco logre encontrar una dirección justa a su actuar; es la angustia de Penélope, su proceder desconcertante, su imposibilidad de trazarse un designio, angustia que se traduce en la dolorosa imagen de no poder llevar a cabo su labor: cada día reiniciada, cada noche deshecha.

El recuerdo perdido ha despojado a todos de la posibilidad de decidir y actuar de acuerdo con lo que desean ser.

La misma Penélope se asombra de su hijo capaz de afirmarse como autoridad —una vez alejada Atenea *después de infundir en su espíritu valor y audacia y de avivarle aún más la memoria de su padre*—, una vez que ha tomado la decisión de recuperar el recuerdo de su padre. Se da, pues, al recuerdo importancia como voluntad de no olvidar, como nueva disposición, como hacer, no como simple volver hacia un pasado, sino como fuerza modificadora del presente.

Y, en efecto, Telémaco no sale en busca de su padre; su empresa consiste en salir en busca de noticias de su padre —*ve a preguntar por tu padre (...)* Si oyes decir que tu padre vive y ha de volver, súpelo todo un año más, aunque estés afligido—.

Entonces, la dificultad del regreso de Ulises no es una dificultad práctica, en la que Telémaco pudiera servir de ayuda.



Para que Ulises pueda regresar es condición que haya quiénes lo esperen, quiénes lo recuerdan, quiénes tengan su memoria como una razón que se transluce en sus actos —*Ningún rey, que empuñe cetro, sea benigno, ni blando, ni suave, ni emplee el entendimiento en cosas justas; antes por el contrario, proceda siempre con crueldad y lleve a cabo acciones nefandas; ya que nadie se acuerda del divino Odiseo entre los ciudadanos sobre los cuales reinaba con blandura de padre*—. El recuerdo perdido hace que pierdan permanencia valores en torno a los cuales se han moldeado relaciones, obras, proyectos, afectos: los valores que permiten configurar una existencia.

Desde el punto de vista práctico, Ulises tiene envidiable habilidad y todo el ánimo indispensable para enfrentar el regreso completamente solo.

Es en el regreso a su existencia en lo que no puede atenerse sólo a sí mismo; para conseguirlo depende del reconocimiento de otros, en este sentido su existencia está por ganar y debe por ello trabajar de distintas maneras.



Hay algo peor que la muerte: el olvido.

Ni siquiera la muerte sería obstáculo para su regreso entendido ya en este sentido de reconocimiento: si se supiera de su muerte, se podría entonces actuar en consecuencia, cumplir los ritos funerarios, con lo que quedaría salvado del olvido —*pues entonces todos los aqueos le habrían erigido un túmulo y hubiera alcanzado para su hijo una gloria inmensa*—.

Mientras Telémaco no busque en este sentido a su padre, no podrá decir de quién es hijo, si de un rey o del más desgraciado de los hombres —*que nadie consiguió conocer por sí su propio linaje*—.

Penélope, por su parte, está escindida entre el recuerdo y el deseo de olvido: el recuerdo doloroso que la lanza al llanto impotente que consume el ánimo y el olvido reflejado en su incapacidad de decidir: ni acepta ni rechaza a los pretendientes. Desea olvidar —*deja ese canto triste que constantemente me angustia el corazón en el pecho; ya que se apodera de mí un pesar grandísimo que no puedo olvidar. ¡Tal es la persona de*

quien padezco soledad...—, ya que el recuerdo no le permite, como sí a Telémaco, encontrar una forma de actuar eficaz, a ella sólo le significa amargo llanto.

Y, mientras tanto, el estado de angustia e indeterminación va haciendo su obra: la destrucción de aquello con relación a lo cual se ha configurado y puede ser reconocida la existencia.

Entonces el problema de la ausencia no es que Ulises esté solo o esté lejos o esté muerto.

El problema es que sea *el más ignorado de todos los hombres*, que esté perdido para aquellos para quienes su presencia es determinante de la vida, porque conforma la posibilidad, el sentido, el valor de lo que hacen, de lo que son. Y, para sí mismo, igualmente perdido, porque el valor de su existencia no está dado en sí mismo, ni lo logrado es logrado de una vez para siempre; hace falta aún su regreso, el encuentro del reconocimiento por parte de los otros de lo que él efectivamente es. El reconocimiento que al advertirlo motiva dulces lágrimas: su actuación en Troya reconocida cuando se cuenta en el canto de los aedas; su presencia como padre, reconocida en la posibilidad de trazarse el designio de vengarse de los pretendientes y llevarlo a cabo contando con la recobrada audacia de Telémaco; su presencia como esposo, sólo reconocida por la verdad de la reconstrucción hecha en palabras de la cama que fue obra suya y sólo suya; como hijo, capaz de traer fielmente un recuerdo; como amo, en el cuerpo marcado por una historia; como el más valiente, aceptando el reto del arco en pie de igualdad con los pretendientes, no como dueño que afirma sus derechos adquiridos de una vez para siempre, sino como aquel capaz de reconquistarlos por su valor cada vez que la situación a ello lo conmine. Formas éstas de reconocimiento que son momentos en los que se efectúa el regreso, en los que recobra todo cuanto ha conquistado y sido. Queda así expresado el hecho trágico de la existencia: su sentido nunca se logra en forma permanente: por él se debe luchar cuantas veces sea necesario.

El regreso no es el simple recorrido de una distancia.

El regreso es una empresa vital, como reconstrucción de todo aquello que se dejó y que será el lugar del regreso; si uno no puede ser esperado tampoco puede ser reconocido. Más que el recorrido de una distancia, se trata de un viaje hacia el pasado, tal que otorgue una forma de identidad que permita llegar en paz a la vejez y a la muerte.

Es el esfuerzo por buscar y encontrar lo que se concibe como el más

grande logro; que no es el placer aunque bien puede hallarse en él contentamiento, ni la esperanza de escapar a la vejez, ni siquiera la inmortalidad ofrecida por Calipso; es el logro de un sentido unificador de la vida, de una forma de permanencia, de conservarse en la memoria, ser reconocido, reconocerse, la única forma de inmortalidad que le es dable ganar a una existencia humana.

El regreso a Itaca adquiere entonces la importancia de un proyecto: emprender la búsqueda de sí mismo, ir al rescate de todo lo que es precioso y arriesga quedar perdido: no caer en el olvido, no morir porque se permanece presente en el recuerdo.

El regreso a Itaca es el relato del esfuerzo de Ulises por rescatar su propia existencia. Ya no se trata de ir al rescate del valor y sentido de un pueblo, se va al rescate de la individualidad —Telémaco preguntado sobre qué lo conduce por húmedos caminos responde: *el negocio que nos trae no es público sino privado*—.

Con la palabra se enfrenta el peligro de quedar perdido, se inicia el trabajo de rescate.

Cuando Atenea menciona el peligro en que está Ulises, Zeus le responde:

¿Qué palabras se te han escapado del cerco de los dientes? ¿Cómo quieres que ponga en olvido al divinal Odiseo?

Ha sido pronunciada una verdad amenazadora, pero sólo cuando ha sido dicha es posible enfrentarla, trazarse un proyecto, actuar para evitar la amenaza que se ha reconocido. Comienza así el regreso.

Es a través de la palabra como Telémaco vuelve a tener en mente a su padre.

Es a través del relato que Ulises hace a los faecios como puede hacer reconocibles a otros sus padecimientos y dar alguna permanencia a lo vivido. Otro paso en su regreso.

Es el canto, para todos reconocible, lo que mantiene vivo su valor en Troya. Es en su palabra verdadera en lo que Penélope puede reconocerlo con regocijo. Y en la palabra, que salva del olvido, que hace de nuevo presente lo vivido en el relato, que en su verdad recibe el reconocimiento máspreciado, es donde se constituye y se juega el valor de la existencia.

Atenea no es más que la figura de ese designio de no olvidar que unifica esfuerzos para hacer posible el retorno de Ulises. O algo más: bien



puede infundir valor o enviar próspero viento, pero su más importante intervención es la de escandir el tiempo: aviva el recuerdo y permite el olvido en el *dulce sueño*: introduce el equilibrio entre recuerdo y olvido que hace posible encontrar el ánimo para *llevar a su término acciones y palabras*.

Si Ulises no puede regresar, el que fuera ardid de un momento, denominarse Nadie, se va convirtiendo en la amenaza que en verdad pesa sobre sí: ser efectivamente Nadie —resultado de la ira de Poseidón que *si bien no intenta matar a Odiseo, hace que vaya errante lejos de su patria*, ira que se mantuvo viva *en tanto el héroe no arribó a su patria*.

Si permanecer errante es quedar ante el peligro de convertirse en Nadie, el regreso significa el trabajo de reconstitución del pleno sentido de su nombre.

Y en semejante trabajo es indudable la fuerza atribuída a la palabra: la palabra seductora que lanza a un fatal olvido (Calipso a Odiseo, Egisto a Clitemnestra, las sirenas); la palabra ardid que puede devolverse como real amenaza —*Mi nombre es Nadie; y Nadie me llaman mi ma-*



dre, mi padre y mis compañeros todos—; la palabra que, según decir de Penélope, logra dar convencimiento al ánimo: la palabra que construye la certeza del regreso.

—dime si en verdad he llegado a mi querida tierra.

—voy a mostrarte el suelo de Itaca para que te convenzas. Este es el puerto de Forcis, el anciano del mar; aquel, el olivo de largas hojas que existe al cabo del puerto; cerca del mismo se halla la gruta deliciosa, sombría, consagrada a las ninfas que náyades se llaman: aquí tienes la abovedada cueva donde sacrificabas a las ninfas, gran número de perfectas hecatombes; y allá puedes ver el Nérito, el frondoso monte.

Cuando así hubo hablado, la deidad dispó la nube, apareció el país y el paciente divinal Odiseo se alegró, holgándose de su tierra, y besó el fértil suelo. Así, la palabra proporciona a Ulises el regreso a Itaca, que se ve de lejos.

Esta importancia dada a la palabra no debe extrañar entre gentes para las cuales no hay otro lazo más claro y firme, ninguna otra concepción más nítida de patria.